

y justifica la decisión personal del filósofo frente a lo que considera su tarea auténtica. Es por esta última consideración, una obra de

aliento para quien sienta el imperativo de filosofar, sea desde el plano universal o desde el plano concreto.

María Luisa Rivara de Tuesta

FRANCISCO MIRO QUESADA:

Humanismo y revolución. Lima, Casa de la Cultura del Perú, 1969. 290 p.

Humanismo y revolución es un libro publicado en 1969 y que consta de siete capítulos. Tiene esta obra un propósito muy preciso: "exponer la manera a la vez sistemática y asequible la **ideología humanista**".

En el Cap. I, **El concepto de ideología**, después de señalar que el término **ideología** fue acuñado por Antoine Destutt de Tracy, en 1801, y que ya los empiristas e iluministas consideraron, lo que este vocablo pretende comunicar, como instrumento de clase dominante, define ideología como fundamentación práctica o justificación de la acción política que se proponga forjar una sociedad justa. De ahí su carácter compulsivo, que es uno de sus rasgos principales. La ideología se propone, quiérase o no, crear una sociedad justa. Aquel que asuma una ideología no se puede quedar en la mera asunción sino que tiene que transformarla en acciones políticas. En este sentido, una ideología es una exigencia de realización de valores, entre ellos, el de

la libertad, de la dignidad humana y el valor del hombre mismo. Por eso, una ideología es, por un lado, un conjunto de postulados sobre lo que debe ser una sociedad y, por otro, un conjunto de normas de acción. Los primeros constituyen los principios teleológicos, que tienen que ver con fines, y, las segundas, los principios metamórficos, que tienen que hacer con la praxis, con el cómo llegar a los fines. Esta distinción es importante, porque permite controlar (caso de los partidos) la línea partidaria. Termina con una ligerísima revisión histórica de las ideologías, en cuya cúspide están las ideologías axiomáticas, marcadas por el signo de la lógica formal, que el autor considera como el máximo instrumento de análisis.

El Hombre sin teoría, título del capítulo II, rezuma un optimismo entusiasta y desbordante por la teoría. Nos dice: "Una vez puesta en movimiento tiene una fuerza aterradora, de monstruo que todo lo devora y nada ni nadie puede detener" (p. 71). Nadie puede vivir sin teoría. Añade: "El hombre necesita de la teoría para vivir, sin ella va a la deriva, no se sabe a qué atenerse, es alma perdida, bote sin

timonel" (p. 76). "Si un hombre no tiene una teoría bien determinada sobre el mundo que lo rodea, no puede ni caminar por la calle" (p. 77). A lo largo del capítulo, la exposición oscila entre dos significados de teoría. De acuerdo al primero, teoría es igual a creencia, que en un momento llama teoría inconsciente, espontánea, implícita y, de acuerdo al segundo, es igual a conjunto de hipótesis sobre algún aspecto de la realidad. De ambas teorías se sirven los hombres: los malos para colmar su egoísmo y los buenos para liberar a sus prójimos.

El Cap. III lleva como título **La ideología humanista**. Es una exposición de esta ideología como la mejor vía para hacer la revolución. Empieza rastreando el significado de **humanismo**, término acuñado por el Renacimiento. Encuentra dos núcleos significativos: 1) estudio de las grandes creaciones culturales y 2) el reconocimiento del hombre como el valor supremo y la decisión de realizar este valor. Señala como creadores de esta ideología al cristianismo y al racionalismo, una religión y una doctrina filosófica. Su principio supremo es el principio supremo de la autotelia, que consiste en considerar al hombre siempre como un fin y nunca como un medio. Este principio es formulado por el racionalismo y desde entonces se perfilan los contornos de una sociedad justa y la decisión de realizarla mediante la transformación de la sociedad injusta. El humanismo así pretende la realización de una sociedad racional y justa y por tanto es una concepción que lleva necesariamente a la revolu-

ción. El principio de la autotelia fundamenta el principio de la solidaridad, el antirracismo, antiimperialismo y la sociedad sin clases. Esta sociedad sin clases no es otra que "La igualdad ante la ley y la eliminación de los privilegios". El humanismo es una exigencia de realización de la revolución. La esencia de ésta es el cambio radical de vigencias o creencias o ideas básicas sobre las que se asienta una sociedad, y la toma del poder político sobre la que vienen todas las transformaciones. La forma y el ritmo de la revolución pueden variar. Puede ser por la violencia o por medidas no violentas. A esta altura, contempla la incompatibilidad entre humanismo y violencia. Considera que la violencia convierte en inconsistente cualquier ideología, tanto más al humanismo que postula que el hombre debe ser siempre fin y nunca medio, y abunda en ejemplos de Europa Occidental, que han llegado a la revolución sin recurrir a la violencia como último recurso, con la conciencia de que está cometiendo pecado y que muy pronto debe arrepentirse de él. Termina el capítulo señalando cuestiones decisivas sobre la partida y la llegada de la revolución. A fin de evitar el recurso de la violencia, se declara partidario de comenzar la revolución por transformaciones sucesivas dentro del sistema actual, las mismas que culminarán en una sociedad justa. En el terreno práctico propone medidas estimadas por el capitalismo como la iniciativa privada y los incentivos para la inversión nacional y extranjera.

En el Cap. IV, **El intelectual, el Occidente y la política**, se expone

el ideal de vida racional como una vigencia constitutiva de la cultura occidental a partir del Renacimiento. El hombre moderno tiene una fe infinita en la razón; le parece haber descubierto en la razón poderes mágicos, que pueden probarlo y fundamentarlo todo; por tanto, también, pueden fundamentar la política y la forjación de una sociedad justa. Sin embargo, aunque no siempre le ha ido bien a la razón, particularmente en los grandes sistemas filosóficos, el hombre de Occidente reajusta sus instrumentos racionales, pone la ciencia por el camino real y hace avanzar el poder de los métodos de análisis y reafirma el ideal de vida racional y la posibilidad de crear una sociedad. El autor, dentro de este contexto del mundo occidental, propone fundamentar la práctica política en la razón y considera que es posible encontrar por lo menos un principio racional indiscutible. Este principio es el de no arbitrariedad. Aunque encuentra que es difícil dar una definición precisa de **arbitrariedad**, lo cual demandaría muchas páginas, propone una definición aparentemente convincente que consiste en imponer conductas contra la voluntad. Se es arbitrario cuando se impone a otro una acción contra su voluntad. Con este principio por delante, el hombre de Occidente, el intelectual que ha escogido el ideal de vida racional, está comprometido con el humanismo, que busca fundar una sociedad justa, en la cual queden definitivamente eliminadas la arbitrariedad y la violencia.

En el Cap. V, **Qué es la revolución**, se encuentra un concepto muy preciso de revolución partiendo del

concepto de estructura social. Una estructura social es una organización jerarquizada de grupos, cuyo rasgo característico es que son complementarios entre sí. Uno de los grupos ocupa la cúspide; en otros términos, es el grupo dominante, el que realmente realiza las decisiones de gobierno. "Una revolución consiste en cambiar el orden jerárquico de los grupos complementarios" (p. 193). Si sólo se cambia personas, dentro del mismo grupo social, no hay tal revolución; sólo será un cuartelazo, una asonada, una revuelta, pero no una revolución. Trata luego un tema crucial de filosofía política: el por qué y el para qué de las revoluciones. Estas no se pueden justificar sino por sus metas, por lo que se pretende alcanzar, con la particularidad de que éstas sólo pueden ser decididas por acuerdo de voluntades y no en base a demostraciones científicas. Termina este capítulo planteando el problema del grupo de sustitución, que ha de producirse en la revolución, y concluye que no puede ser otro grupo sino toda la colectividad.

Los dos últimos capítulos constituyen la segunda parte del libro. En el capítulo VI, **Ideología y teoría**, se exponen los criterios para la determinación de la verdad de las teorías. Una teoría es un conjunto sistemático de proposiciones sobre un aspecto de la realidad o sobre toda la realidad. Hay que probar si su pretensión de verdad es válida o no. Distingue el autor dos criterios: uno intrínseco y otro extrínseco a la teoría, en otros términos, la posibilidad lógica y la posibilidad real. El primer criterio tiene que ver con la propia estruc-

tura de la teoría y el segundo con la confrontación con la realidad a la cual pretende explicar. El criterio intrínseco se sirve a su vez de dos criterios más circunscritos: la inequívocidad y la consistencia. La inequívocidad exige que los términos de la teoría estén definidos con toda precisión, la que puede ser mellada por la polivalencia significativa, la metátesis o la impredecibilidad. La consistencia prescribe la no contradicción entre las proposiciones de la teoría. El criterio extrínseco tiene que ver con la realidad que pretende explicar. Se determina a su vez por dos criterios: la aplicabilidad y la verificabilidad. En resumen, una teoría es verdadera si es unívoca en sus términos, no es contradictoria en sus proposiciones y se puede apli-

carla a la realidad o hacer predicciones sobre la misma.

El último capítulo es, por una parte, una refutación de la concepción dialéctica de la revolución, y, por otra, una declaración sobre la ideología humanista que "conduce inexorablemente a la revolución". Considera a la dialéctica como una teoría falsa, que no puede salvar los criterios establecidos en el capítulo anterior y que más bien ha hecho daño a la revolución. Conviene en que si hay que hacer la revolución, hay que partir del humanismo y de su instrumento más riguroso y preciso: la lógica formal. En este último capítulo, se advierte una animosidad antidialéctica, que Marx habría llamado ideológica.

Sixto García

CARLOS THORNE: *Mañana, Mao.* Buenos Aires, Editorial Losada, 1974. 112 p.

En 1959 Carlos Thorne publicó, con el título *Los días fáciles*, su primer y hasta ahora único libro de cuentos. Quince años después, gracias a la editorial Losada de Buenos Aires, podemos leer su segundo libro: *Mañana, Mao*. Tratándose de creación literaria, y pese al ejemplo contrario de nuestras actuales "grandes máquinas de novelar", quince años no son ni muchos ni pocos: son el lapso preciso que un creador conciente ha creído necesario para replantar los términos de su actividad literaria, para convocar otra vez —y de otra manera— al lector.

Pero al margen de lo que hay de personal e indescifrable en el ritmo de la creación estética, existe en ese caso un correlato objetivo sobre el que quisiéramos —brevemente— reflexionar. La década de los años sesenta es, en efecto, el escenario principal del avasallador triunfo de la nueva narrativa hispanoamericana, y es también el período en que se cumple, a partir de este éxito, la recomposición crítica de nuestra tradición narrativa. Los valores y maneras tradicionales son entonces discutidos, negados y finalmente sustituidos por otros distintos: la nueva narrativa hispanoamericana crea su propia axiología y arqueologiza todo lo que no obedece a sus postulaciones centrales; en especial, y para utilizar